

**José María Tortosa (Coordinador); E. Espinar; M.J. González;
D. La Parra; M.A. Martínez y M.A. Mateo.**

***Mujeres pobres. Indicadores de empobrecimiento
en la España de hoy.***

Madrid, Fundación Foessa y Cáritas Española, 2002.

Mujeres pobres, indicadores de empobrecimiento en la España de hoy, es el último estudio publicado de los realizados por un prestigioso y muy activo equipo de trabajo en torno a la desigualdad y la pobreza liderado por el profesor Tortosa desde la Universidad de Alicante. Pero es mucho más que eso. Aunque el propio título resume bien muchos de sus contenidos (se trata de un trabajo sobre mujeres pobres en la España de hoy y desde la perspectiva teórico/conceptual del empobrecimiento) no adelanta en cambio, no permite adivinar, que con su lectura estamos a punto de adentrarnos en un pedazo de la realidad social, descarnado, desnudo y sin retóricas que lo empañen. La investigación que ahora da uno de sus frutos en esta monografía, realizada mediante entrevistas a mujeres pobres en sus propios entornos, es un ejemplo valiosísimo de las posibilidades de análisis e interpretación teórica que se derivan de la obtención de datos por el procedimiento de la entrevista en profundidad. En una de las mejores muestras recientes en nuestro contexto de la tradición que se institucionalizara hace casi un siglo en el Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago, la tradición de dar voz a los sin voz, de escuchar a quienes raramente se escucha, los entrevistadores de este equipo (los profesores Mateo, La Parra y Espinar) consiguen la doble función clásica derivada de la entre-vista realmente fundamentada: la de espejo y la de ventana. En el espejo de los discursos *pobres* (fonéticamente) de las mujeres pobres transcritos literalmente en el libro nos reflejamos como sociedad injusta, insolidaria, machista, y moralmente empobrecida, entre muchos otros reflejos. Al través de la ventana de los discursos *ricos* (fonémicamente) de las mujeres pobres podemos otear un porvenir de soluciones, de salidas dignas y de posibilidades de futuro *con sentido* para quien protagoniza las situaciones de pobreza. Y es que este trabajo es un ejemplo excelente de que sólo desde la comprensión profunda weberiana de los fenómenos podemos planear una intervención; lograr entender el sentido que tales fenómenos incorpora para sus protagonistas es un paso de gigante en esa tarea comprensiva.

Mujeres pobres, indicadores de empobrecimiento en la España de hoy se articula en dos partes diferenciadas precedidas de una introducción del profesor Tortosa (donde se contextualiza la investigación de la que procede el libro en el contexto más amplio de

estudios del equipo ya aludido) y de un anexo metodológico (en el que los autores de las entrevistas aportan los datos metodológico/técnicos tanto del diseño como de la ejecución de las mismas). La primera parte lleva por título «Las mujeres hablan de la pobreza» y es una muestra de tres de las cincuenta entrevistas de las que constó el estudio. Se trata de la transcripción literal de los relatos de Encarna, Vicenta y Antonia, nombres o seudónimos que, como los clásicos «Botas», «JS» o cualquiera de «los hijos de Sánchez» desvelan, más que enmascarar, a personas de carne y hueso en situaciones vitales muy reales. Aunque estas tres entrevistas no pueden calificarse de historias de vida (si acaso en miniatura), el hilo biográfico que se desarrolla en cada uno de los discursos de las mujeres nos permite adentrarnos en toda una trama de relaciones sociales que sitúa a las protagonistas entrevistadas en el lugar de una suerte de prisma desde el que se contempla toda la sociedad, particularmente en sus escenarios más desfavorecidos. Sólo la lectura de las entrevistas puede dar cuenta de la riqueza de sus contenidos, y a ellas remito.

La segunda parte del libro, acertadamente titulada «Lecturas de la pobreza» es un conjunto de reflexiones realizadas desde distintos ángulos teóricos y de aplicación, todos ellos complementarios, y todas ellas apegadas a los datos producidos en la investigación. La primera de esas reflexiones, firmada por Miguel Ángel Mateo, es una atinadísima tentativa de aproximación a las definiciones de pobreza desde la perspectiva de género. Por medio de un análisis preciso de las conversaciones mantenidas el autor establece una serie de dimensiones de la pobreza que articula con los distintos factores que las hacen relacionarse, elementos todos ellos derivados de los propios discursos, conformando un modelo teórico de notable interés. La segunda aportación, a cargo de María José González, pone en relación el empobrecimiento de las mujeres con distintos elementos del ciclo vital de las personas. Así, a través del análisis de factores personales obtenidos de los propios discursos como son el pasado familiar (pobreza heredada o adquirida), la formación o el trabajo, se desvelan otros factores de tipo estructural que afectan diferencialmente a las mujeres haciéndolas más vulnerables que a los hombres frente a las situaciones de pobreza. La tercera reflexión es fruto del análisis de Daniel La Parra, quien, al hilo de los relatos biográficos, toma en consideración los cuidados de salud en el entorno familiar como elemento clave para comprender la pobreza por cuanto juega un doble papel; de una parte como indicador de bienestar, de la otra, como vehículo de desigualdades. El cuidado de ancianos y enfermos entendido como forma de apoyo informal incrementa los niveles de bienestar. Sin embargo quiénes, en términos de género fundamentalmente, desempeñan esa labor cuidadora y quiénes son los beneficiarios, y todas las derivaciones de esa situación desigual son el argumento principal de esta aportación. La siguiente contribución es de Eva Espinar, quien acomete un análisis de la violencia doméstica, en una de sus posibles manifestaciones o vertientes —la violencia de género— como factor de empobrecimiento. Desde esta perspectiva los malos tratos, la violencia tras la separación de la pareja o el papel de las relaciones sociales se nos desvelan como elementos clave para explicar el empobrecimiento en algunas mujeres, más aún si conocemos las interpretaciones que de todos esos elementos ofrecen las propias mujeres. La penúltima reflexión corre a cargo de María Asunción Martínez, quien apegada al ámbito claramente interventor de las políticas sociales, perfila la manera en

que pueden integrarse estos discurso de mujeres pobres en la elaboración de políticas de prevención y de lucha contra la exclusión. Esta segunda parte del libro, «Lecturas de la pobreza», se cierra con una espléndida reflexión realizada por José María Tortosa sobre el estudio y tratamiento de los distintos aspectos asociados a la desigualdad y la pobreza y, digamos, la estacionalidad de los mismos, en un intento de situar la propia inquietud intelectual, y también política, del investigador. En cuanto a los contenidos de los distintos estudios en torno a la pobreza, se señalan cuatro temas centrales de preocupación: la definición exacta de pobreza, el problema de su medida, la discusión sobre su crecimiento en términos empíricos y una última temática que giraría en torno a la posición de los pobres en la estructura social y los factores de empobrecimiento. Cómo se responde parcialmente a estas preguntas desde la investigación por él dirigida, qué lugar ocupa el género y las posibilidades de investigación abiertas al futuro, que ya no podrán obviar como elemento esencial las *percepciones* de la pobreza, son el corolario de este trabajo.

Para finalizar quisiera señalar que con trabajos como el contenido en este libro, dónde nunca hay un lugar para que aparezcan las «pobres mujeres» sino al contrario, innumerables espacios desde los que escuchar y tratar de comprender a las mujeres pobres, uno termina por reflexionar sobre su propio papel como profesional de la sociología. Si son muchos los motivos para el desánimo que a diario nos provee nuestra profesión, muchas veces incapaz de anticipar situaciones que nunca debieran producirse, otras veces capaz de hacerlo, pero robada de la legitimidad científica de expertos capaces de asesorar a quienes toman las decisiones y, demasiadas otras veces, en fin, y por lo que toca a los académicos, una profesión perdida en discusiones bizantinas que serían calificables de pueriles si no fuera porque en la mayoría de las ocasiones tienen orígenes francamente vergonzantes y mezquinos...; si son muchos los motivos de desánimo, como digo, ocasiones como ésta compensan las penurias. Los sociólogos y sociólogas somos capaces de abordar aspectos de la realidad social y comprenderla. Nuestras reflexiones son capaces de enriquecer las decisiones que se tomen. ¡Y ni siquiera hemos tenido que aludir al dilema cualitativo-cuantitativo! Vale la pena, pues, seguir el ejemplo de estos colegas; aún vale la pena dedicarse al oficio de sociólogo.

JUAN ZARCO

Universidad Autónoma de Madrid